

Un intento de sacarle la punta deportiva al Onyar. Diez años nos separan de la vieja foto de archivo y la competición de las embarcaciones de entonces nos parece una anécdota sólo soñada.



POSTAL GERUNDENSE

De la piragua al camión pasando por la riada

por JORDI DALMAU

Cuando dejó de circular un viejo amigo de nuestras comarcas gerundenses, el tren de Olot, un agudo observador manifestó que el cambio influiría sobre la psicología de los habitantes de aquellos pueblos que el tren comunicaba; fundamentaba la apreciación sobre la base de que el ritmo de vida de la gente usuaria, con sus horarios, su más o menos lograda puntualidad, las estaciones con techo y la cabida sin fin de los viejos vagones todo se vio mutado con un nuevo servicio público de capacidad limitada y con esperas en plena carretera, bajo lluvia o bajo sol. El paso del uso del tren al uso del autocar, influiría sobre la manera de ser de mucha gente enraizada en viejas costumbres. Un tributo, al fin y al cabo, del condicionamiento del hombre al medio ambiente, que tanto aprecia en su justo valor el más elemental tratado de geografía humana.

Aquella observación fue recogida por nosotros y quedó inconcientemente archivada entre los recuerdos de aquel viaje final del tren de Olot. Pero los recuerdos un día se refrescan y vitalizan. Sobre nuestra ciudad se da una circunstancia que bien podría ser parecida a un revulsivo de la misma categoría y que influiría sobre la psicología gerundense: el Onyar ya es otro Onyar.

El cambio operado en el cauce del río a su paso por la ciudad no puede dejar de pesar. Es muy importante el curso de las aguas fluviales — y mucho más si cruzan una ciudad — como para no tenerle presente en el reparto de papeles principales de la obra que todos representamos. Un río tan medular, tan adjetivado, tantas veces llevado al quirófano de urgencias, el amigo que tanta tinta ha hecho correr, o el enemigo que tantas veces ha parecido ya vencido, tiene derecho a ser llamado protagonista de mucha vida de la ciudad; de una vida que demasiadas veces ha transcurrido entre enfados por su culpa, o entre experimentos de sus tutores. Hoy, avanzada otra fase que bien podría ser la última, de su mayoría de edad domesticada, casi es posible atreverse a afirmar que la psicología gerundense va a cambiar., Porque si los cálculos y las previsiones no fallan, quedará alejada indefinidamente la pesadilla de la inundación. Ya podrán dormir tranquilos los comerciantes del centro urbano, aunque la lluvia caiga más de 48 horas sin interrupción; ya no hará falta que los decoradores de establecimientos precabidos y prudentes diseñen los bajos de escaparates a base de piedra; no será necesario guardar en la trastienda el «batiport» de contención de aguas; ni se organizarán liquidaciones de géneros mojados «post-inundación», aunque muchos no habían llegado a mojarse; habrá que hacer más a menudo limpieza de cajas de cartón y restos de serie, porque ya no se podrá esperar a que el río se los lleve por delante. No habrá tampoco aquella curiosidad tan gerundense en los días de inundación, cuando las calles quedaban más llenas de gente que de fango, con el pretexto de ir a ver a los más conocidos de

entre los perjudicados. Vamos a dejar todos de ser medio peritos en obras públicas, si como es de esperar los proyectos realizados responden bien, porque hasta ahora, a fuerza de opinar, de decir barbaridades, de acertar otras veces, entre vaticinios y corazonadas habíamos acabado todos por ser unos «jóvenes Edison» especializados en infraestructura fluvial. Y como que, por añadidura, la opinión del hombre de la calle había hecho sus buenos pinitos cuando se pronunciaba en contra de los versallescos parterres del cauce del río, resultó que en Gerona surgía una especie de doctorado popular, mezcla de buena intuición, experiencia y observación, que ahora, si el río no provoca disgustos, no podrá ser ya más ejercido. Sea así por muchos años.

El río se nos ha metido en los entresijos del alma. Las casas sobre el río han sido tema inagotable. Un día, lejano pero aún actual, Josep Pla escribió: «Tot sembla aguantar-sh'i en equilibri inestable, però tot s'hi aguanta dret i la vida hi posa aquella mica de moviment que necessita: es veu un gos que lladra entre els barrots d'un balcó, un gat que dorm a la repisa d'un terrat, unes criatures pàl·lides que juguen dins el marc d'una finestra, i mentrestant es produeix la caiguda indefectible de les cases al riu, del regalim d'aigua equívoca». Y Josep M.^a Espinàs otro fiel cronista de nuestro río añade que «no hi ha dues cases iguals, però tampoc es pot dir que siguin diferents; el conjunt sembla una sèrie de fitxes de dòmino, però tan plenes de finestres que totes han d'ésser dobles sisos. Sota la llum del sol fan una certa angúnia i se'ls veu el punt de vellesa; aleshores pensu en el formatge de Gruyère».

Un día, que Gerona desea no sea lejano, las grandiosas obras en el cauce del río deberán pasar también al álbum de los recuerdos canalizados. Mientras tanto, y a punto de vernos liberados de una colectiva psicosis, cabe esperar un gozoso respiro, bien merecido.



Este es el espectáculo de nuestro río. Para los espectadores transeuntes una cara se hace visible, la artístico-literaria-fotogénica. Para los moradores junto a sus riberas se nos hace difícil utilizar aquella misma óptica. Ya se sabe, es el eterno dilema de presenciar el espectáculo-vida desde unas gradas entre el respetable, o desde el carromato del propio circo.

Hubo un tiempo que nuestro Onyar se sintió deportista, incluso; por obra de los esfuerzos del G.E. i E.G. vimos regatas de piraguas en unas mañanas domingueras que reunían a miles de personas sobre puentes y balcones. Las piraguas significaron una especie de puesta de largo del río, con expectación, que hasta entonces sólo había servido para la navegación de un sufrido barquero que en vísperas de Ferias y Fiestas de San Narciso tenía que cumplir la misión de limpiar las hierbas de los márgenes; los turistas, que entonces se llamaban forasteros, tenían que ver un río limpio dentro de las posibilidades del barquero. Con el tiempo aquella expectación fue traspasada a los actuales camiones y palas excavadoras de quince toneladas que están dando los últimos puntos de sutura a la intervención sufrida por el río.

Si a nuestra generación le toca poder cerrar una época gerundense marcada a agua de inundación, queremos dejar constancia de una frase

que deberá pasar gozosamente al archivo de crónicas de la ciudad:

—«Als Quatre Cantons ja desembarrassen!»

Era como una voz preventiva de una orden trágica que suponía el mayor malestar del año. Els Quatre Cantons son en la geografía inundable un importante mojón; sus «clavagueres» cuando «escupían» el agua significaban que la inundación ya era total, irremediable. Luego quedaba, después de unas horas, el clásico «lлот», más roedor que las mismas ratas, empedernido en todos los rincones si una apresurada mano no se afanaba en quitarlo.

Todo deberá pasar al recuerdo de las fotos amarillentas. Cuando nuestro río sea reconocidamente civilizado podremos dejar de dedicarle tantas miradas y tantos desvelos. Podremos, entonces, vivir de espaldas a él, como tantos pueblos de nuestros mares viven sin preocuparse de las olas, que a fuerza de costumbre les parecen menos temibles de lo que son en realidad.

Va a cambiar nuestra psicología gerundense. Un día también será costumbre para nosotros dormir bien tranquilos, al margen de nuestro querido Onyar, como quien descansa sosegadamente, al margen del público en el carromato del circo, a la hora de la función.